

Critica por SERGIO VODANOVIC.—

10/8/55

*"La Versión de Browning"*

Un fenómeno interesante sucede en la actividad teatral inglesa: la ausencia de autores. Mientras que los Estados Unidos han producido a un Tennessee Williams y un Arthur Miller y se abren nuevas expectativas a William Inge y Robert Anderson, mientras que en Francia la creación dramática es el más interesante fenómeno teatral, Inglaterra demuestra una desnudez impresionante de autores de primera línea. En los últimos 20 años no ha surgido ningún comediógrafo ni dramaturgo que corresponda a

la honrosa tradición del teatro inglés, a excepción de Christopher Fry cuyas características singulares, limitadas al campo del teatro poético, sólo permite que su talento sea gustado por público de habla inglesa. Pero, en medio de esta ausencia de creadores teatrales, hace treinta años que brilla el nom-

bre de Terence Rattigan, y con su presencia queda salvado el honor del teatro británico contemporáneo. Porque Rattigan no es solo un comediógrafo que conoce como pocos su oficio, sino que posee a la vez una sensibilidad y un humor de una fineza extraordinaria. "La Versión de Browning" es una obra

teatral en un acto. Su acción no ocupa un tiempo mucho mayor a la hora y en tan breve espacio de tiempo, Rattigan es capaz de presentar un drama psicológico de una intensidad y un valor humano nada de comunes. Para quienes el teatro es, ante todo, acción. "La Versión de Browning" seguramente les sorprenderá. Su construcción, fundamentada casi exclusivamente en escenas de dos personajes, parece indicar que nada en la obra sucede y, desde un punto de vista meramente de acción, hay que convenir que así ocurre, pero el desmenzamiento que ante la vista del público se realiza de la personalidad de aquel profesor fracasado que es Andrew Crocker-Harris, es de tal emotividad, que la necesidad de la acción externa en las tablas desaparece, para dar curso al impetuoso torrente de las pasiones y de una vida interior avaramente guardada.

"La Versión de Browning" busca lo que, a nuestro juicio, es la piedra angular en la que descansa todo buen teatro: la emoción; y Rattigan, su autor, con sutil maestría acierta plenamente en sus propósitos. Nadie puede salir del teatro sin sentir la pesada angustia del drama de Andrew Crocker-Harris, el profesor terco, antipático y mediocre cuya densidad humana tiene tan apasionantes caracteres.

No es, por cierto, esta obra, de las que permiten una fácil interpretación. Más que el texto, lo que interesa es el subtexto y los actores deben buscar una forma como dejar traspasar al espectador toda la vida que encierran sus personajes. Corresponde a Teodoro Lowey la labor de encarnar a Andrew Crocker-Harris. Lowey ha realizado un trabajo de composición que llega hasta los menores detalles. Nada ha dejado el actor al acaso y tan minucioso método de composición bien merece, por la seriedad que ello significa, un explícito reconocimiento. Sin embargo, Lowey exagera su método al darnos una interpretación que, en algunas escenas, resulta artificial y

sobrecargada, quedándose en lo exterior. Su personaje parece estar creado de afuera hacia dentro, recargado en detalles que, en ocasiones, impedian la exteriorización de los sentimientos del fracasado Crocker-Harris. Si esto sucedía, a veces, en otras, en cambio, Teodoro Lowey supo llegar directamente a la sensibilidad del espectador justamente en las escenas que marcan el clima de la pieza. A su lado, Inés Moreno, pareció seguir un método creativo totalmente opuesto. Despreocupada de los detalles trazó su personaje en líneas generales, dándonos una versión sobria y efectiva de su Millie aún cuando pudo haber extrahido mayores valores de su hermoso papel. Carlos Ortúzar demuestra tener naturales condiciones para la escena, debiendo señalarse que, en su promisoria carrera teatral, deberá dar más importancia a los elementos técnicos del actor como son la dicción y la expresión corporal. Alicia Quiroga pasa brevemente por la escena, lo necesario para que se sienta en la sala la presencia de una verdadera actriz. Huguel Hernández carece de las condiciones históricas necesarias para realizar un papel de la importancia de Frank Hunter. Hay en este personaje un mundo interior que sin ser tan complejo como el del protagonista, necesitaba trascender al público; nada de eso sucede en la interpretación de Hernández que se muestra duro y sin matices. Armando Fanoglio y Pablo Fernández discretos en sus episódicos personajes.

Si bien el director, Fernando Josseau, acertó en el ritmo con que fue llevada "La Versión de Browning" y el tono general de ella, echamos de menos una mayor rigurosidad con sus intérpretes para mejorar el desempeño por sí alto standard de interpretación de la pieza. Debió haber limado el interesante trabajo de Lowey y haber exigido del talento de Inés Moreno una más acabada labor. Al no hacerlo, se obtuvo una heterogeneidad no tanto de calidad, como de estilo y método que el público sintió.

El decorado y la iluminación de Guillermo Núñez, reúnen todas las características de un trabajo realizado a conciencia, con buen gusto e inteligente aprovechamiento del escenario del Teatro Sur.